



tarse en campo raso, hasta tanto que llegasen refuerzos que permitieran otra cosa. Tales proyectos eran sobrado modestos para Napoleón. Resolvió aplastar de una vez la revolución en todas partes. Lanzó sus tropas en diversas direcciones, tomando, es verdad, con precaución de hacer ayudar sus destacamentos por cuerpos de menor importancia, que debían juntarse en caso de necesidad, pero sin prever el caso en que esos cuerpos no pudiesen verificar su unión, lo que se realizó muy á menudo.

Así es que al dirigir al mariscal Moncey sobre Valencia, destacó de Barcelona al general Chabran, para tomar posición en un punto intermedio entre Barcelona y Valencia. Esta táctica fué aplicada á todos los puntos. Un destacamento de Junot y la división Vedel hubieron de apoyar de lejos el movimiento de Dupont sobre Andalucía; la brigada Sabatier estuvo encargada de sostener á distancia la expedición de Merle contra Santander, de Verdier contra Logroño. En fin, de Madrid hizo salir un pequeño cuerpo de tres ó cuatro mil hombres para reforzar según las circunstancias los diez mil hombres que marchaban contra Zaragoza, bajo las órdenes de Lefebvre-Desnonettes.

Siempre la misma obstinación en querer ocupar el país por entero por medio de cuerpos escalonados, y siempre la misma desmembración de fuerzas. Pero está convencido de que sus tropas no tendrán más que presentarse para disipar las miserables agrupaciones de la insurrección. Siempre también las instrucciones que da á sus generales son las mismas: *Hacer ejemplos*. Desde mucho tiempo sabían lo que significaba esa palabra en su boca. Incendiar, saquear, fusilar, tal era el programa sangriento que algunos de ellos eludieron noblemente la ejecución, pero que el mayor número realizó con un rigor que había ya pasado al punto lo mismo que á los hábitos del ejército francés.

Esas disposiciones por insuficientes que fueran, tuvieron de momento una apariencia de éxito. Las tropas francesas dieron fácil cuenta de los españoles cuando los encontraron en campo raso ó atrincherados en pueblos sin fortificaciones. Verder los batió sin pena en Logroño, Frère en Segovia, Lasalle en Torquemada, —6 de Junio, —en donde principió la serie de ejecuciones por una carnicería en regla, luego en el puente de Cabezón, delante de Valladolid, en donde Gregorio de la Cuesta hizo combatir á sus soldados con un río á sus espaldas. Merle, enviado á Santander después de haber ayudado á Lasalle á vencer, batió á Velarde con no menos facilidad en Lantueno, mientras que Lefeb-

vre-Desnonettes, en su marcha contra Zaragoza rechazaba sucesivamente las partidas aragonesas en Tudela, 6 de Junio, y en Mallén, 13 de Junio. En todos sus encuentros la resistencia fué casi insignificante; los franceses no combatían más que reuniones de burgueses y campesinos mal disciplinados y mal armados, á quienes la rapidez de los movimientos de las columnas francesas hacía perder la cabeza.

Las dos expediciones del Este y del Mediodía, sobre todo la de Dupont, que tan desastrosa debía ser, no se anunciaron bajo auspicios menos brillantes que la del Norte. Moncey que tenía que someter á Valencia, se adelantó por sus pasos contados hasta Cuenca, poco más ó menos á medio camino de Madrid, —11 de Junio, —y allí esperó prudentemente que Chabran, que debía secundarle saliendo de Barcelona y desfilando por lo largo del litoral, hubiese acentuado suficientemente su movimiento, á fin de que pudiera avanzar más lejos. Chabran, en efecto, se había puesto en marcha, como él, el 4 de Junio, y se había adelantado hasta Tarragona. Pero Cataluña entera estaba en armas detrás de él á pesar de tener sus plazas fuertes ocupadas por los franceses; tanto que el general Duhesme se encontraba bloqueado en Barcelona, hasta el punto de tener amenazadas sus comunicaciones con el cuerpo expedicionario, así Chabran hubo de detenerse como Moncey, pero aún con mayor riesgo, pues temía tener que retroceder. Poco más tarde se supo que los fáciles triunfos de Lefebvre-Desnonettes habían hallado su término en frente de Zaragoza, en donde le tenía en jaque Palafox.

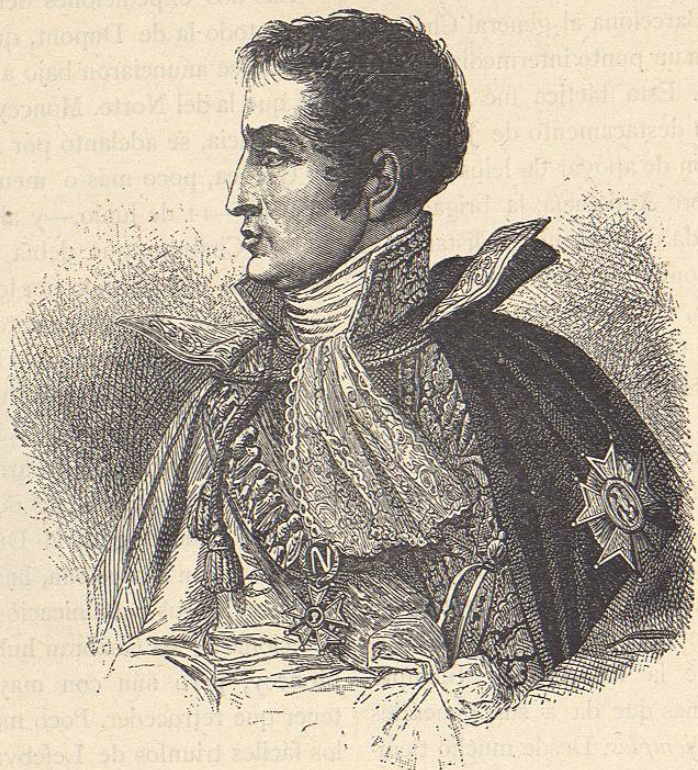
La marcha de Dupont hacia Andalucía había sido más dichosa y más rápida. Desde el 1.º de Junio, se había metido ese general impetuosamente con cerca de 14.000 hombres por entre esos largos desfiladeros de Sierra Morena, que tenían que ser dentro muy poco testigos de su derrota. Dupont era, puede decirse en verdad, uno de los tenientes favoritos de Napoleón. En Albeck, en Halle, en Friedland se había puesto en primera fila por la audacia de sus golpes; estaba á punto de ser nombrado mariscal, y el emperador le había ofrecido la campaña de Andalucía como una ocasión de ganarse ese coronamiento envidiado por su carrera militar.

Partió, pues, lleno de ardor, de esperanza y de deseo de distinguirse. Como el mismo Moncey, tenía que recoger en camino numerosos auxiliares españoles y suizos; y como él sufrió la misma decepción; pues no pudo reunir más que dos mil suizos cuya



dudosa infidelidad necesitaba de grandes estímulos. En Bailén, supo que toda Andalucía estaba sobre las armas y que tendría que librar varias batallas campales antes de llegar á Cádiz. Por esto no persistió menos en marchar sobre Córdoba por Andújar. El ejército de Córdoba quería combatir por su cuenta como el de Sevilla, salióle á su encuentro y le esperó en el puente de Alcolea sobre el Guadalquivir. Dupont lo batió fácilmente á pesar de su propia inferioridad numérica, pero experimentó una re-

sistencia más viva de lo que esperaba y experimentó más pérdidas que ningún otro de los generales que estaban en operaciones, 7 de Junio. Persiguió á los españoles sable en mano por la carretera de Córdoba y se presentó delante de esta ciudad después de una marcha forzada bajo un sol abrasador. Intimidó inútilmente á la plaza su rendición, por lo que derribó sus puertas á cañonazos, penetrando luego sus soldados por ellas llevando á sangre y fuego cuanto se oponía á su paso. Entraron en las casas



JOSÉ BONAPARTE

entregándose á innobles orgías, y luego, calentados por el vino, saquearon la catedral, forzaron las cajas públicas, saquearon los conventos y las casas particulares. El general hizo por su parte sacar de los depósitos de la tesorería una suma de 10 millones de reales para las necesidades del ejército.

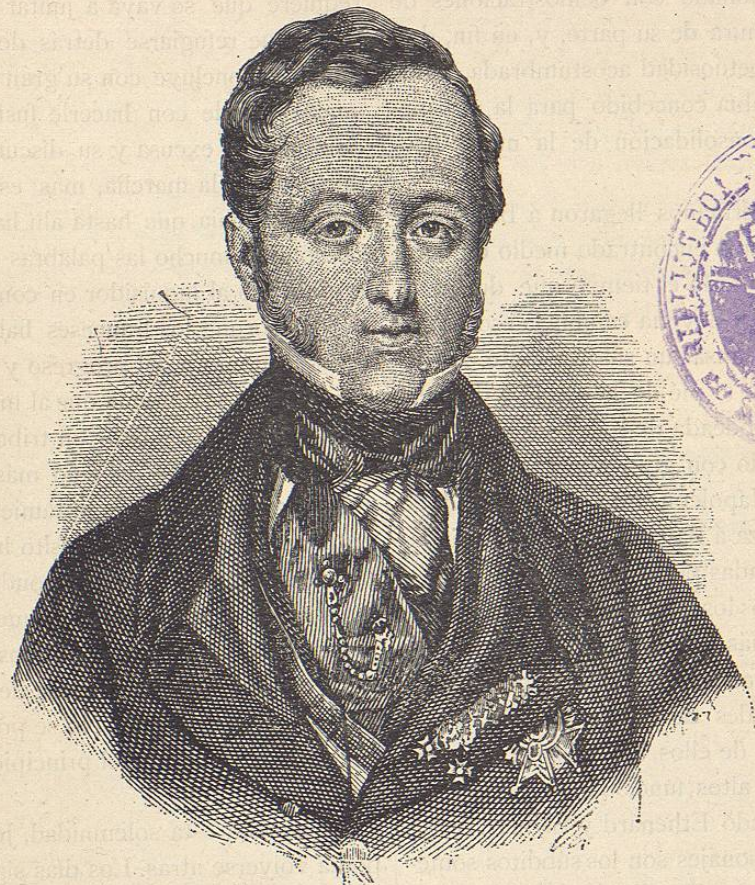
Después de este buen golpe, hubiera debido Dupont, para llenar su misión, marchar inmediatamente á Sevilla y Cádiz, pero no se sintió con fuerzas bastantes para ir más lejos y se encerró en Córdoba esperando que los refuerzos que se le enviarían le permitirían acabar su tarea. Así, después de los éxitos más aparentes que sólidos que habían señalado esta complicada campaña dirigida por Napoleón desde Bayona, se manifestaba en todas partes un momento de suspensión motivado por la falta de tropas: Moncey estaba detenido en Cuenca, Chabran

en Tarragona, Lefebvre-Desnonettes en Zaragoza, en fin, Duhesme estaba encerrado en Barcelona y Dupont en Córdoba. Por el 15 de Junio, todo era ya indeciso, y las tropas francesas eran tenidas en jaque en todas partes, gracias á lo descosido de sus operaciones.

Napoleón lejos de sospechar el peligro de esta situación continuaba contando con el éxito. Desde el 9 de Junio, anunciaba ya altamente la entrada triunfal de Dupont en Sevilla, la de Moncey en Valencia, y añadía que la próxima entrada de José en España, «acabaría de disipar los tumultos, de ilustrar los espíritus y de restablecer por todas partes la tranquilidad.» Que las primeras ventajas conseguidas sobre la insurrección le inspiraran tales ilusiones, se concibe, pero las malas noticias que luego vinieron no le abrieron los ojos. No sabía más que irritarse

contra la lentitud de Moncey, y así le reiteraba lo mismo que á Chabran la orden de marchar sobre Valencia; consideraba la toma de Zaragoza ya tan segura que envió un coronel de ingenieros,—17 de Junio,—«para poner su castillo en un estado respetable á fin de que pudiera contener la ciudad.» En fin, el 19 de Junio, cuando todos los elementos de esta difícil situación le son conocidos, va por un rasgo de aberración que apenas parece creíble, hasta ordenar

que á la vez que se desarme á los rebeldes se formen en cada ciudad «compañías de guardias nacionales» que secundarán á los alcaldes, asumiendo la responsabilidad de mantener la tranquilidad del país. «Hé aquí, añadía, lo que debería ya haberse hecho en Toledo, en Aranjuez, en Segovia y en todas partes.» Es á su confidente Savary que acababa de llegar de fresco en Madrid para reemplazar á Murat que había caído gravemente enfermo á consecuencia de



TORENO



sus contratiempos, á quien Napoleón el 17 de Junio expone esta luminosa situación.

Para dicha suya tenía ya en su mano, en Bayona, ese precioso específico que, en su modo de pensar, debía infaliblemente poner término á los disturbios de España. Esos disturbios y esos desórdenes no debían después de todo sorprender á nadie; en todo tiempo habían sido compañeros indispensables de esas crisis que se llaman interregnos. La presencia y la coronación de José iban á hacer que el orden se restableciera, reunir y juntar no solo á las gentes pacíficas sino también á esas clases tan numerosas que tienen necesidad por encima de todo de un orden de cosas regular.

José era conocido en Europa como un soberano

de carácter dulce y pacífico; no hay duda de que los españoles puestos en el caso de tener que escoger entre un tal príncipe y los males de una anarquía sin esperanza, no hubiesen acabado por adoptarlo como un mal sin remedio á despecho de su recelosa susceptibilidad nacional...

José se había puesto en camino á últimos de Mayo. Cuando Napoleón supo que estaba cerca de Bayona, se apresuró á publicar el decreto que proclamaba á José rey de España y de las Indias, en vista de la urgente necesidad «de asegurar la felicidad de España poniendo fin al interregno.» El decreto hacía también alusión á los deseos de la Junta, del Consejo de Castilla y de la municipalidad de Madrid, pero esta mención no tenía en modo algu-